

## RESEÑAS DE LIBROS

## BOOKS REVIEWS

**AGUIRRE, Arantxa**

*34 actores hablan de su oficio*

**Prólogo de Mario Camus**

**Madrid, Cátedra, Signo e imagen, 2008, 688 pp.**

**Incluye el DVD del film *Hécuba. Un sueño de pasión. Una película sobre los actores. Estrenado en el Festival de Cine de San Sebastián en septiembre de 2006.***

**Dirección Arantxa Aguirre y José Luis López-Linares  
López-Li Films S. L. 80 minutos.**

Primero fue la película y luego el libro. Las entrevistas con los actores se rodaron y luego se pasaron al papel, acompañándolas de un material gráfico adicional. Lógico sería seguir el orden de creación, pero vamos a invertirlo y hablar antes de la autora de la película y del libro.

Arantxa Aguirre Carballeira ha sido todo en el cine. Hija de un realizador, Javier Aguirre y de una actriz, Enriqueta Carballeira, empezó su andadura en producción y luego como script, ayudante de dirección, guionista, documentalista, su labor en *Asaltar los cielos* fue memorable, y más tarde como realizadora. Tiene entre la gente de cine fama de trabajadora infatigable. Pero todavía le quedó tiempo, antes y después, de ser bailarina solista en el Ballet Nacional de Cuba y de doctorarse en Literatura española en la UNED con una tesis sobre Galdós. La solidez de toda su experiencia y bagaje cultural nos permiten ver ahora un documento(a) excepcional.

34 actores hablan con Arantxa de su oficio, con palabras acertadas y agudas con un ansia de explicarla y explicarnos como es posible ser otro(s), ponerse en lugar de el(los) otro(s).

Fernando Fernán Gómez, tristemente desaparecido antes de que el libro saliera de las prensas, nos dice en la contraportada:

Ya con cinco o seis años se juega casi siempre a ser otro: "yo era el ladrón y entraba en tu casa y tú el policía y me detenías y yo...". O sea, esto es un instinto natural. Precisamente habría que preguntarse por qué determinadas personas, enormes cantidades de personas, cuando son mayores pierden este instinto, esta apetencia, este deseo de ser otro o, sobre todo, de ser otros.

Mario Camus en su prólogo titulado, "Carta a Arantxa Aguirre, a propósito de una publicación" reflexiona en voz alta sobre la condición de actor. Encabeza su disertación con dos citas: "Porque siempre vuelvo a la idea de que la esencia del arte es simplicidad, gananza y sentimiento (Bertolt Brecha)" y "Aquí yace un actor, no se sabe si está vivo a muerto (Marcelo Arroita, *Epitafios*)" y nos describe su experiencia con Pepa Flóres en *Los días del pasado* y con Ana Belén en *Fortunata y Jacinta*. En ambos casos describe su anonadamiento ante su labor:

Tuve la sensación de que estaba ante un talento manifestándose en el momento apropiado, haciendo retroceder cualquier artificio, cámaras, hombres y mujeres, técnicos, guión, película, para implantar de golpe y porrazo unos minutos de palpitante verdad.

Y más tarde, refiriéndose a la labor de Ana Belén:

¿Cómo lo logran? ¿Qué profesión es esta que puede provocar tanta admiración, que puede acercarte las pasiones, el amor, la ira, los sentimientos encontrados luchando en el interior de un personaje para ponértelos delante, con tanta verdad que te hacen sentir el pudor ante una desnuda realidad de la que eres testigo? Más que apariencia de verdad, parece la verdad misma.

Y concluye su disertación con el siguiente párrafo:

En este enigmático laberinto que vivimos, la profesión de actor es una de las más deslumbrantes. Independientes, libres, sin el domesticador trabajo que produce ingresos fijos y que, hasta

cierto punto, insensibiliza. Viajeros de un lugar a otro, de una función a otra. Conocedores del trabajo duro y de la falta de trabajo. Abrazando causas nobles, interviniendo en la vida pública con autoridad. Respetados, envidiados, imitados... ¿Alguien es capaz de imaginar el mundo sin ellos?

Fiel a su conocimiento de Galdós Arantxa abre (utilizando el término cinematográfico) su intervención con una introducción que subtítulo: "La peor raza de bergantes que hormiguea en el mundo". La frase galdosiana se refiere naturalmente a los actores, a los cómicos de la legua. En el texto Arantxa describe su quehacer:

El rodaje de un documental se parece a lo que debían de ser hace siglos las travesías en barcos de vela. Cada entrevistado supone una corriente distinta o un nuevo viento que puede desviarnos del camino trazado en el guión. [...] Estos testimonio íntegros combinan la experiencia profesional de cada uno de los actores, atendiendo sobre todo al despertar de la vocación y las primeras experiencias, con una reflexión de lo que para ellos significa su profesión. En ningún caso estos intérpretes se refieren a su vida personal.

Y tras los agradecimientos da comienzo la serie de las 34 entrevistas ordenadas como debe ser de forma alfabética. No están todos los actores ni actrices, pero la muestra es muy representativa. La estructura de cada una es la siguiente: Una fotografía del entrevistado, y una frase significativa de su explicación, al verso, una breve biofilmografía y de sus actuaciones teatrales, y tras ella una serie de preguntas, ilustradas con un gran conjunto de fotografías, algo extraordinariamente importante. Desde luego, con el material gráfico podría construirse un libro. Desfilan así:

Victoria Abril, Jesús Agelet, Ana Belén, Antonio Banderas, Javier Bardem, Pilar Bardem, Aurora Bautista, Enriqueta Carballeira, José Coronado, Vicente Díez, Lola Dueñas, Fernando Fernán Gómez, Eduard Fernández, Marta Fernández Muro, Ramón Fontserè, Ariadna Gil, Emilio Gutiérrez Caba, Carlos Hipólito, Chus Lampreave, Lola Lemos, Pilar López de Ayala, Álvaro de Luna, Carmen Maura, Natalia Menéndez, Ángela Molina, Andrés Pajares, Esperanza Roy, José Sacristán, Alberto San Juan, Julieta Serrano, Emma Suárez, Antonio Valero, Concha Velasco y Maribel Verdú.

Completa el libro un DVD con la película *Hécuba. Un sueño de pasión* que toma su nombre de una disertación sobre el actor en la segunda escena del acto II de *Hamlet*. Los actores y actrices van hablando de su profesión comenzando por señalar cómo llegaron a ella. A algunos les viene de casta, de familia, como Emilio Gutiérrez Caba, Lola Lemos, Pilar y Javier Bardem, Julieta Serrano, Natalia Menéndez y Fernando Fernán Gómez; otros nos describen como empezaron y el origen de su vocación. Los parlamento se alterna con escenas de rodaje e insertos de películas. Ello permite rendir homenaje o citar a muchos actores y actrices que no está presentes en el libro por razones diversas: algunos ya desaparecidos como Paco Rabal, José Isbert, Queta Claver, Adolfo Marsillac, Rafael Ribelles, José Bódalo, Carlos Lemos, Alberto Closas, Cassen, Gracita Morales, Manolo Morán, Rafaela Aparicio; y otros por su actual condición física como José Luis López Vázquez o por razones que no se nos alcanzan como Gabino Diego, José Luis Gómez, Rosy de Palma, Javier Cámara y Albert Boadella. Nos hablan luego de su aprendizaje, de las escuelas dramáticas, de que nada es lo que parece, de meterse en la piel de otro, de mirar a los demás y ser mirado, del público, de esa cuarta pared que falta en el cine, del éxito y del fracaso, del aplauso y el pateo, de la vanidad del actor,

de la fragilidad del actor. Hay una secuencia excelente que, utilizando la foto fija, nos regala con una serie de "miradas" de actores y actrices del cine mudo. Ese empleo de la foto fija vuelve en las secuencias finales. La película cierra con los títulos de crédito. No podemos dejar de citar una parte de las escenas procedentes de otras películas que se insertan en esta: *Viaje a ninguna parte, Cómicos, Sin vergüenza, Éxtasis, Don Juan Tenorio, La mitad del cielo, Nazarín, Los lunes al sol, Las cosas del querer, Ay Carmela, Volver, La colmena, Atraco a las tres, La ley del deseo, El perro del hortelano, Amantes, Belle époque, Ninette, La vida de nadie, Mujeres al borde de un ataque de nervios, Torrente, La comunidad, Juana la loca, El espíritu de la colmena, El café de Chinitas, Surcos, Tacones lejanos, Hable con ella, Soldados de Salamina, La casa de Bernarda Alba, Nadie hablará de nosotras cuando hayamos muerto, Días contados, Mamá cumple cien años, El otro lado de la cama y El amor perjudica seriamente la salud*, entre otras. Resulta obvio que estamos en presencia de un gran homenaje no sólo a los autores sino también al cine español y al cine en general. De ello da fe la elección de las músicas entre las que destacan la de dos películas de Fellini: *Las noches de Cabiria* y *Amarcord*. Muy adecuada también es la utilización de la famosa canción de revista "Mírame" para los insertos de "miradas" procedentes del cine mudo.

Una gran película documental en la que Arantxa Aguirre, directora y guionista y José Luis López-Linares, director, cámara y productor, han puesto todo sus saberes cinematográficos, que son muchos.

34 actores hablan de su oficio. Y lo que nos cuentan y cómo lo cuentan es muy interesante. A fin de cuentas son actores.

Por **Alberto Sánchez Álvarez-Insúa**  
Instituto de Filosofía CSIC

**MATE, Reyes\***

## *La herencia del olvido*

**Errata Naturae, Madrid, 2008, p. 180.**

En "*La herencia del olvido*" Reyes Mate muestra el mapa de lo que puede considerarse una síntesis de su pensamiento a la luz de esa articulación que une pensar en español, la particularidad de América Latina, el orden de la modernidad europea, junto a esa otra manera de singularidad que es el pensamiento judío.

A Reyes se le conoce como un investigador del tema judío el cual puede sintetizarse en la inquietante pregunta de Adorno: ¿qué tipo de pensamiento se puede tener después de Auschwitz? Pero también su relación con lo latinoamericano y con Iberoamérica se contempla en este libro donde precisamente se reúnen preocupaciones intelectuales y también vitales que rebasan los límites de un pensamiento asegurado en la fortaleza europea.

De allí que en "*La herencia del olvido*" se reconozca su campo de preocupaciones: la perspectiva de la memoria en Walter Benjamin, la idea de historia en Hegel, la relación filosofía religión, el lugar del pensamiento judío en la modernidad, o la manera en que Auschwitz altera la manera de entender el progreso y la civilización en el mundo contemporáneo. Estamos planteando que un escenario difícil de penetrar como el de una filosofía viva capaz de interpelar la problemática que los hechos arrojan, pone de presente la capacidad que pueda o no tener la filosofía o algún filósofo, caso Reyes, para proponer vías o caminos de interrogación que todavía conserven el encanto de la sorpresa.

Hay de entrada en el texto la certeza de que el "yo" que filósofo aparece en su más

auténtica dimensión cuando "respondemos a la pregunta del otro, de ese otro ninguñado por la vida, la sociedad o la historia" (Reyes, *La herencia del olvido*, p. 24). Si la filosofía occidental es la del "yo" racional de Descartes, o del yo idealista, la respuesta contumaz de Reyes se orienta en otra perspectiva: no basta con ser buenos con nosotros mismos, la autosuficiencia y la eficiencia son arrogancias del conocimiento, "*nada somos sin la pregunta que nos dirige el otro desde su necesidad o inhumanidad*" (Reyes Mate, p. 24).

La pregunta que nos dirige el *otro* adquiere en España y en Portugal la formulación de un reclamo, de una inquietud que desde África o América Latina llega al sur de Europa. Gracias a la memoria el filósofo comprende que existe una deuda no saldada, que la situación presente de unos pueblos tiene que ver con la condición de servidumbre o esclavitud a la que fuera condenado en un momento de la historia un continente. De allí que Reyes le formule a la filosofía occidental una inquietante invitación: "*solidarizarse con el significado sureño, con el destino de los pueblos del sur*" (*el nuevo viaje hay que hacerlo de otra manera: con conciencia de que hay un Norte y un Sur, países dominantes y otros dominados*) (Reyes Mate, p. 58).

Reyes retorna sobre esa disparidad de las condiciones históricas valiéndose del recurso de la memoria: hay un Norte y un Sur, países dominantes y países dominados. ¿Tiene el pensamiento un espacio para pensar esa disparidad?, ¿cómo impugna el conocimiento las condiciones de dominación?

De allí que este libro le proponga al filósofo iberoamericano elementos para la impugnación, un nuevo viaje, distinto al de la conquista y la colonización europea. El viaje se realiza desde América del Sur y Reyes toma como punto de partida para la construcción de su filosofía el encuentro que tiene con México. En este encuentro, el autor no se encontrará solamente con las ruinas del pensamiento indígena sino con la vigencia en México del pensamiento de los exiliados españoles. El encuentro con pensadores "trasterrados" como fueron Eduardo Nicol y Sánchez Vásquez le llevará al reconocimiento de una construcción filosófica donde América Latina y Europa se reconcilian por medio de las obras de José Gaos, García Morente, Xirau, Salmerón para ofrecer algunos de los casos más significativos.

La hora de la memoria, constelación de aspectos

La memoria es una categoría del pensar. Las tesis de Benjamin acerca de la Historia vienen a ser el tratado más ambicioso de un acercamiento a la memoria –afirma el autor– La lección de Benjamin, fue recoger los desechos que la historia arroja, para con esos desechos construir un proyecto político.

Esta lectura de la memoria aparece en contravía de algún historicismo que considera la llegada de la hora de la historia como el cierre del tiempo de la memoria. Cuando desaparecen los testigos, deberíamos dejar de hablar de memoria. Cuando se rompe el hilo generacional que conecta a los es-

pañoles de hoy con los conquistadores de América, o las generaciones de mexicanos con los colonizadores del siglo XVII, deberíamos prohibirnos hablar de responsabilidad. Pero esa no es la lección que deja Benjamin. Las memorias que activan Halbwachs o el autor de "Los pasajes" pueden venir de siglos atrás. Por eso la urgencia de hacer una crítica de una modernidad que identifica realidad con facticidad, pues el costo implica la pérdida de una parte sustantiva de la realidad. *"La memoria de lo olvidado o de lo fracasado se convierte en un momento crítico de lo dado"* (Reyes Mate, p. 160).

¿Qué pensamiento emerge luego del continuo de desastres que la historia nos deja? ¿Es posible mirar con esperanza el futuro, luego de la muerte de seis millones de judíos durante la II Guerra Mundial, o de la destrucción de naciones enteras de africanos los cuales terminaron esclavizados en América, o de indígenas del Nuevo Mundo?

Existe una afirmación de sumo inquietante y hartamente sugerente: lo que se pone de presente en Auschwitz es la lógica de la laicidad. Esto lleva a pensar que un terrible e infame acontecimiento se produce en medio del triunfo e imposición de una lógica por completo desencantada, salida de las entrañas de la racionalidad. Pero luego del desastre que significará el exterminio de millones de seres humanos en medio de la II Guerra Mundial, lo que hay son "Derechos Humanos" en abstracto pero no Derechos humanos reconocidos, de cada humano "Lo que importa son los papeles", esto equivale a decir que, en una sociedad

cercada por la lógica instrumental son los pasaportes, las tarjetas de crédito y los documentos administrativos lo que se impone como una sumatoria de engendros salidos de un relato de Kafka.

### El progreso

La racionalidad contiene para Reyes dos pilares: un pilar político que es el progreso y otro ideológico que es la biopolítica. Para el autor, progreso significa 1) considerar que los acontecimientos tienen un impulso interior que los lleva hacia algo mejor, y 2) pensar que la tendencia a la mejora tiene un costo humano y social inevitable. Si bien cuestionar el progreso parece bastante riesgoso, más riesgoso resulta considerar un avance sin límites, un avance que sin rubor haga necesario una lógica del sacrificio concreto de las personas a nombre de una mejora de una humanidad en abstracto. Si bien Walter Benjamin y Teodoro Adorno hicieron un aviso del riesgo que se cernía sobre el mundo, nos encontramos acá con una reelaboración que actualiza la urgencia de poner un freno a esa lógica del avance sin límite.

La Biopolítica es una de las consecuencias de esa razón del progreso. Inspirada en los principios de un social-darwinismo, las personas dejan de considerarse sujetos de derecho pasando a convertirse en "objeto de un poder superior que decide por nosotros" llamemos este poder religión, estado, mercado. Es la dictadura de lo universal sobre lo singular. Pero como respuesta a esta perspectiva homogenizante del pensamiento, el concepto benjaminiano de "redención" posibilita una

extensión del derecho a la felicidad para aquellos que han muerto o que siempre llevan sobre sus hombros la parte más feroz y brutal de las acciones históricas. La redención en Benjamin significa felicidad para todos.

Federico Nietzsche recomendó la importancia de olvidar. Olvidar para poder empezar de nuevo, para liberarse de todas esas fuerzas del pasado que constriñen, que minimizan, que reducen. El esfuerzo de Reyes Mate en España y en América Latina ha sido contrariamente recordar, abrirle un lugar a la memoria en el campo de las filosofías. Así, frente a la posibilidad que tiene el mal de negarle el derecho a la alegría y la vida a los muchos, la emergencia de un concepto político de la esperanza puede extender la felicidad a las víctimas. Una nueva lectura del tan cuestionado mesianismo político debería explicarnos como hacerle justicia a quienes hoy y ayer son aplastados por la historia. Así el recurso de la memoria se transforma en la manera de traer el pasado al presente, de que nos declaremos contemporáneos de acontecimientos pasados. Es por esto, que la afirmación de Reyes cobre tanto sentido en este momento: hacer valer hoy las injusticias pasadas; mantener vivo, vigente, el derecho a la justicia de quien ha padecido injusticia (Reyes Mate, p. 183).

\* El autor y la obra han sido galardonados con el Premio Nacional de Ensayo.

Por **Alberto Antonio Verón Ospina**  
Universidad Tecnológica de Pereira,  
Colombia

**GUTIÉRREZ, José**

*La tempestad serena*

**Col. Signos, Madrid, Huerga y Fierro Editores, 2006, 80 págs.**

Decía Mateo Alemán con muy sabias palabras: «Débense buscar los amigos como se buscan los buenos libros. Que no está la felicidad en que sean muchos ni muy curiosos; antes en que sean pocos, buenos y bien conocidos». Amistad y literatura recorren, sin duda alguna, las páginas del excelente poemario *La tempestad serena*, con el que José Gutiérrez vuelve a la poesía tras un silencio de diecisiete años, conformándolo y articulándolo junto con otro de los pilares básicos que sustenta y da sentido a las palabras formuladas: el paraíso perdido de la infancia.

El largo silencio que ha mantenido el granadino José Gutiérrez (Nigüelas, Granada, 1955) desde que en 1989 viera la luz su *De la renuncia* ha servido para acrisolar la íntima unión entre vida y literatura, así como para decantar –al igual que se hace con los buenos vinos– sus lecturas y los versos de sus autores preferidos (esos «buenos libros» a los que aludía Mateo Alemán). Así, *La tempestad serena* –un sintagma, que, por cierto, posee valor polisémico, según su última palabra se entienda como adjetivo o como verbo– constituye en primer lugar un fecundo diálogo intertextual, que se pone de relieve desde el propio título elegido, tomado de un verso de Garcilaso, «con clara luz la tempestad serena». Pero también desde las citas iniciales que introducen muchos de los poemas (de autores contemporáneos como Antonio Machado, Luis Cernuda, Aleixandre, Lorca, entre otros; o clásicos como Juan de la Cruz, el conde de Villamediana, Quevedo, Góngora, etc.), o las alusiones que recorren sus versos. De este modo el lector amante de

la historia literaria podrá gozar adivinando en algunos de los hilos que conforman su trama la presencia de Rubén Darío en el comienzo del soneto «Tiempo adversario»: «Yo soy aquel que ayer se entretenía...», o la del Bécquer de las Rimas en el poema breve «Palabras en el tiempo», así como las reminiscencias de la lírica medieval en «Albada» o del magistral relato de Balzac *La obra maestra desconocida* en el poema homónimo. Del mismo modo pueden subrayarse conexiones literarias granadinas en poemas como «Nuestro jardín», que remite tanto a Francisco Ayala como a la poeta Elena Martín Vivaldi, o en «La casa del barrio», cuyo primer verso del segundo cuarteto esconde el título de uno de los más certeros poemarios de Luis Rosales: *La casa encendida*.

José Gutiérrez entabla asimismo un sutil diálogo, no sólo con la fértil tradición literaria que lo sustenta y por la que la vida parece perder a veces su sinsentido último, sino también con su propia trayectoria anterior como poeta. Así en composiciones como el ya mencionado soneto «Tiempo adversario», o en la sextina «El cerco a la mirada», a la vez que reactiva la clásica oposición vida/literatura (oposición que alcanzará en el libro un complejo desarrollo dialéctico, que finalmente no puede escapar de una posición de inevitable paradoja), reflexiona sobre su pasado como lector y como poeta, deslizándose en los versos del segundo cuarteto del primero de los textos citados, mediante juegos de palabras, los títulos de casi todos sus libros de poemas anteriores: «Armaduras, ofrendas, laberintos,/ el cerco de la luz y su penumbra,/ na-

cieron como símbolos distintos/de un ansia de belleza que deslumbra». La macrohistoria literaria encuadra así, a la postre, su propia microhistoria literaria: *Ofrenda en la memoria* (1976), *Espejo y laberinto* (1978), *El cerco de la luz* (1978), *La armadura de sal* (1980). «El cerco a la mirada» completa la enumeración aquí ofrecida al contener en su tercera estrofa el título que faltaba:

No duerme ni bosteza al fin el tiempo  
de quien todo lo fía cuando espera  
persiguiendo refugio en tu mirada  
cómplice, por asomarse al espejo  
tras la página urdida para el libro  
que tu gesto escribió: *De la renuncia*.

Y es que en *La tempestad serena* todo aparece medido y meditado; de hecho, se trata de un libro muy bien construido, del que se puede afirmar que hace gala de una sabia arquitectura. Así, presenta una estructura tripartita, que se podría considerar enmarcada en azogue, al presentarse antecedida por un preludio, «El sueño del espejo», y cerrada finalmente por un postludio, «La nieve en el espejo». Además, en el justo medio de cada una de las tres partes en que el libro se divide destaca una composición que elige voluntariamente una forma estrófica difícil y desusada en nuestra historia lírica reciente como es la sextina, desarrollada aquí con maestría.

El espejo, con su diversa y rica significación, constituye, sin duda, imagen simbólica clave, cuya fuerza actúa no sólo en el presente poemario, sino que recorre toda la trayectoria de José Gutiérrez. Pero no

es más que uno de los casos en los que se pone de manifiesto la existencia de complejas redes de símbolos, metáforas e imágenes poéticas que atraviesan el particular imaginario del autor –aunque, desde luego en proceso de continua evolución–, establecidos mayormente en pares que establecen su propia dialéctica interna: espejo/reflejo, presencia/ausencia, amor/olvido, luz/sombra, pasado/presente... Y, por encima de todo, el sentido salvador, consolador, salvífico, del arte y la literatura.

Pero sobresaliendo entre todas estas líneas temáticas que se desvelan en forma de pares binarios destaca un íntimo significativo que corresponde al tiempo pasado: la evocación del mítico tiempo sin tiempo que es la infancia. Un momento de plenitud que permanece ignorada por el protagonista hasta que ya es, irremisiblemente, demasiado tarde:

tu añoranza de aquella edad sin tiempo:  
era el paraíso y no lo supiste  
hasta que de él los años te arrojaron ajeno.

(«Al encuentro de la infancia»)

Así la reminiscencia emocionada de los lugares entonces recorridos y vividos, de las personas amadas y ya desaparecidas: las calles del pueblo, el feraz huerto gozado junto con las lecturas del estío (¡ay, las apasionantes novelas de Julio Verne!), la casa de su abuela Teresa y de su tía Carmen, la añorada presencia (ahora ausente) de la madre. Esta línea temática de tanto peso en la composición del poemario permite adivinar otras fértiles oposiciones de términos binarios: lo rural frente a lo urbano, la naturaleza frente a la civilización, la inocencia frente al desengaño, la niñez frente a la edad adulta. Una edad adulta desde la que el poeta intenta compensar de algún modo una carencia: los pobres pero artesanales juguetes de que disfrutó en su infancia han sido ahora sustituidos por la amorosa pasión del coleccionista de viejos juguetes («Juguetes antiguos»), rescatados en anticuarios y almonedas y conservados con delectación y ternura. Lo cual trae a la memoria una hermosa anécdota que relata Francisco Ayala en su autobiográfica *Recuerdos y olvidos*, cuando confiesa la «historia de frustraciones dolorosas» que tuvo desde niño con los juguetes, debido

a la inestabilidad económica en que vivía su familia. De ahí que, muchos años después, se desvelara por complacer a su hija Nina, proporcionándole cuantos juguetes podía, siendo pronto consciente de que, en realidad, «el obsequio no se lo había hecho tanto a mi hija como al recuerdo del niño que fui».

Un regalo al niño que fue, un regalo al poeta que es, pero, sobre todo, *La tempestad serena* constituye una sugestiva ofrenda a sus lectores, que pueden comprobar sin duda que mereció la pena una espera de diecisiete años para recibir un libro de tono elegíaco pero también himnico. Virtud de la paciencia que permite apreciar que, como recordara Fernando Pessoa en sus *Sonetos ingleses*:

La playa más segura es una sola:  
aquella donde arrastra la tormenta.  
De la misma tormenta debe el alma  
aprender que el furor y la negrura  
son el preludio de un hermoso cielo,  
que de la tempestad nace la calma.

Por **Amelina Correa Ramón**  
*Universidad de Granada*

## CHIURAZZI, Gaetano

### *Teorías del juicio*

**Madrid: Plaza y Valdés, 2008, 153 pp.**  
**Traducción de José Vidal Calatayud**  
**ISBN: 978-84-96780-67-5**

La tesis que plantea Gaetano Chiurazzi en *Teorías del juicio* llamará la atención del lector interesado tanto en las cuestiones filosóficas esenciales como en su dilucidación y exposición en el curso de la historia.

El profesor de hermenéutica filosófica en la Universidad de Turín plantea el análisis del discurso apofántico que, desde la filosofía aristotélica, se distingue por estar formado por proposiciones en las que, por medio de

la función atributiva, se expresa la relación predicativa «S es P».

Reparar en la idea de que la reflexión filosófica no puede eludir el problema de

la naturaleza del discurso apofántico, ya sea desde disciplinas como la metafísica, la ontología o la teoría del conocimiento es ya una cuestión fundamental, por lo que, como consecuencia de ello, no le ha resultado difícil a su autor presentarla como hilo conductor de algunos de los más afamados problemas especulativos de la filosofía occidental. Para muestra un botón: junto al problema del juicio puede hallarse una línea discursiva que atraviesa la historia de la filosofía si atendemos, por ejemplo, a su definición más convencional según la cual de éste cabe decir si es verdadero o falso.

Igualmente, una vez planteada la dimensión lógica del juicio, nos podríamos formular la pregunta acerca de qué comprendemos realmente a través del juicio, es decir, qué comprendemos a partir de las proposiciones con una dimensión apofántica. Esto último nos llevará a embarcarnos en la dilucidación lógica acerca de si es realmente el juicio un enunciado o si, por el contrario, representa más bien un acto complejo por medio del cual se efectúa una suerte de síntesis entre varias representaciones.

Todas estas cuestiones podrían derivar en otras tanto más complejas relacionadas, por ejemplo, con el asunto de la significación, con cómo acontece la significación, si es a partir de elementos simples o de la síntesis o relación que media entre ellos a partir del juicio «S es P».

Sin embargo, a pesar del calado filosófico de todas estas preguntas archifamosas en la historia de la filosofía, a las distintas concepciones en torno a la naturaleza del juicio ha querido sumar el autor una perspectiva histórica, de modo que, finalmente, la filosofía de Aristóteles, Kant, Hegel, Husserl y Heidegger sirven de guía en este libro para presentar las distintas teorías del juicio.

Esta orientación histórica no es gratuita sino que se lleva a cabo a partir de una hipótesis de partida, a saber, la de que cualquier teoría del juicio habría de llevar, en virtud de la pregunta por el significado y la función de la cópula, desde la lógica hasta la ontología: dándose el caso de que el sentido del ser podría abordarse, en esta última, a la luz del significado profundo del tiempo.

*Teorías del juicio* es un libro de filosofía y de historia de la filosofía con una trama honesta en la que el autor retoma con soltura aspectos del pensamiento filosófico de autores como Aristóteles, Kant, Hegel, Husserl y Heidegger con objeto de describir el diálogo existente entre las diversas concepciones del juicio; pero sin renunciar por ello a bosquejar, por ejemplo, las contradicciones, omisiones y retornos inevitables a la teoría del juicio aristotélica.

La trama es particularmente acertada en lo tocante a la elección de los pensadores. Con ella se da lugar a un panorama sobrio y bien justificado en torno al conjunto de dilemas, aporías y problemas filosóficos derivados de las distintas teorías del juicio. A este procedimiento expositivo se le suma la claridad del planteamiento y el dinamismo conceptual derivados de la capacidad de Chiurazzi para limitarse celosamente al retrato de los distintos modelos. Retrato difícil de efectuar si, atendiendo a las interpretaciones, aclaraciones e insinuaciones teóricas efectuadas con toda llaneza por el autor, nos percatamos de que las diferentes teorías del juicio son, a su vez, expresión fundamental del pensamiento de dichos autores: todo un punto de partida cuando no de llegada en sus filosofías. Por todo ello, puede decirse que lo retratado es finalmente expresión de una semblanza de Aristóteles, Kant, Hegel, Husserl y Heidegger.

Este libro no es sólo una espléndida introducción a las más destacadas teorías del juicio sino expresión y desarrollo sintético de una de las tesis más complejas del pensamiento aristotélico según la cual: «La única función del verbo «ser», que parece menos verbo que los otros pero en el fondo representa la quintaesencia del verbo, es la de «significar además» (*prosemaínein*) el tiempo y la síntesis. ¿Se trata de dos funciones distintas? ¿Y, si es así, cuál de las dos es más fundamental? Aristóteles no da una respuesta precisa a esta pregunta, pero indudablemente esta coexistencia de dos funciones en un mismo lexema es algo que por una parte complica aún más su significado y por la otra constituye una apertura problemática en la que se introducen sobre todo las reflexiones kantianas y heideggerianas sobre el juicio» (p. 39).

Esta es la tesis más desatacada que sostiene su autor. Por lo pronto, puede decirse que el autor de este libro sostiene que por medio de la predicación nos referimos de algún modo al tiempo, más aún, «co-significamos el tiempo» no sólo por referirnos a algo que es en medio del tiempo sino porque la medida (el criterio para dilucidar su verdad, según sostiene el autor) está ciertamente en el tiempo.

Para desentrañar las implicaciones de esta última proposición, Gaetano Chiurazzi apela a la noción leibniziana de *in esse* cuando esta indica la pertenencia de un predicado a un sujeto por estar incluido o implicado en aquel. No entraremos aquí en disquisiciones de calado sobre si Leibniz afirma de hecho que el predicado está comprendido en el sujeto bien que *virtualmente*, dándose el caso de que el predicado ya no estaría sin más implicado en el sujeto sino que habría de estarlo virtualmente...

Si no se entrega uno a más complejas distinciones, como se sabe, la conocida va-

riación sobre el leibniziano tema reza, de hecho, que para Leibniz todas las verdades se pueden reconducir a verdades más primitivas hasta el punto de verlas reducidas a predicaciones de identidad; excepción hecha de las verdades contingentes, en las cuales la conexión entre el sujeto y el predicado no es necesaria. Pues bien, en este punto, el pensamiento leibniziano y el aristotélico pueden entenderse (*per hermeneias*) como indagaciones y expresiones de lo que está en el tiempo y de lo que concebimos adoleciendo de tiempo o en ausencia de tiempo, por ejemplo, en el caso de las verdades de razón.

Precisamente, esta es la tesis más interesante del libro; en la traducción de José Vidal, su autor lo expresa del modo siguiente: «El *hypárchein* aristotélico, a través de las mediaciones de la noción de *inesse* y su inscripción en su trasfondo teológico (un trasfondo de *infinitud* posible, desconocido por Aristóteles), se ha transformado así en una relación analítica de inclusión del predicado en el sujeto, y por último en una relación de identidad, llevando a uno de los resultados más radicales del racionalismo del siglo XVII, cuyos efectos alcanzan hasta Hegel: la equiparación de las verdades contingentes con las necesarias [...]» (p. 48).

Parece entonces claro que, según la interpretación hegeliana de Aristóteles, habría en la noción de *hypárchein* una alusión implícita a lo que se nos muestra *discreta*mente en contraposición a la manifestación evidente de algo y, por ello, luminosa y sin sombras; pues esta última, también conocida como *parousía*, no anda como la primera renqueante frente a la tarea irresoluble del concepto, sino que es manifestación plena.

Sin embargo, no hay que olvidar que la cuestión que hemos dejado en suspenso es

la del tiempo: ¿no son estas archifamosas metáforas hegelianas, y aun las heideggerianas, una elucubración espléndida desde el punto de vista metafórico y filosófico pero, al cabo, indolente ante el problema acuciante al que aludía con serenidad Aristóteles cuando afirmaba que con la predicación «co-significamos el tiempo» no sólo por referirnos a algo que es en medio del tiempo sino porque la medida está ciertamente en el tiempo?

A mi modo de ver, el libro de Chiurazzi cuestiona implícitamente el hecho de que tal vez hayamos salvado parte de la ya mencionada transformación o, para decirlo mejor, el mal entendido respecto al pensamiento de Aristóteles cuando se vuelve a pensar esa co-significación del tiempo a la luz de la historicidad de la comprensión. Pero lo cierto es que sostener que el criterio para dilucidar la verdad de la predicación se halla en el tiempo, habría de conducirnos a una indagación más precisa sobre el *Organon* aristotélico.

Eso sí, se haría bien, en mi opinión, dejando a un lado las metáforas hegelianas sobre las formas de existencia que rehúyen la luz por no resolverse totalmente en concepto e igualmente recomendable habría de ser hacer lo posible por no confundir el problema de las predicaciones posibles (tema sobre el que versa las *Categorías*) con la pregunta kantiana en torno a la naturaleza de su cognoscibilidad, pues se desbroza con ello la variación sobre un mismo tema, a saber, el de la predicación apofántica, la cual no versa sobre sujeto sustancial alguno sino sobre el sujeto lógico de la predicación que, al unísono, co-significa (algo en) el tiempo y algo sobre el tiempo.

Tiempo, tiempo que se realiza en el proceso del saber, al que se recurre hegelianamente cuando en el juicio se observa una división radical subyacente al juicio. Gaetano

Chiurazzi rescata una de las más certeras expresiones para referirse a esta no tan soterrada teoría del juicio que debemos a Hegel: «La cópula no es algo pensado, algo conocido, sino que expresa el no-ser-conocido de la razón. Lo que aparece y se da en la conciencia es sólo el producto, en cuanto miembro de la oposición, sujeto y predicado, y sólo éstos son puestos en la forma del juicio, no en su unidad como objetos del pensar» (G. W. F. Hegel, *Glauben und Wissen*, en *Jenaer Schriften 1801-1807*, Frankfurt: Suhrkamp, 1986. Edición en español de V. Serrano, *Fe y saber*, Madrid: Biblioteca Nueva, 2000, p. 69). Este es el tiempo en el que queda integrada la historia como sujeto. Historia como sujeto que otorga una nueva conexión entre los juicios pero realmente sin fungir de concepción aristotélica de los enunciados apofánticos con los que «co-significamos el tiempo».

Tiempo vedado por el subjetivismo, identificado con la razón y la evidencia y que encuentra su justificación en una determinada interpretación de la lógica apofántica de Aristóteles según la cual el juicio es una forma de enunciación fundamental.

Las *Investigaciones lógicas* de Husserl suponen una teoría del juicio particularmente diferente a este respecto pero habría que aclarar que, de ser así, ni lo es por su propuesta de una morfología pura de los significados, es decir, por la indagación acerca de la mera posibilidad de los juicios, ni por sus depuradísimas y siempre ágiles excursiones hacia una lógica de la consecuencia lógica, sino por su propuesta de una lógica de la verdad cuyo aliciente es el mismo tránsito hacia las verdades que se pretenden alcanzar ya que juzgar es siempre conceder a algo el valor de ser.

Por tanto, a la lógica apofántica y, por extensión, a cualquier teoría del juicio, le



precede la experiencia antepredicativa ya que, según, Husserl, los sustratos originarios son individuos, por lo que todo juicio imaginable guarda en última instancia una relación con objetivos individuales. No obstante la concesión husserliana sobre el verdadero origen individual del juicio, la concepción del juicio que de aquí se desprende vuelve a radicar en una representación que encierra una imagen según la cual lo compuesto se forma a partir de elementos o individuos. De la lógica del juicio a la lógica de la experiencia, o sea, la lógica de la percepción, y de esta a una concepción o teoría del

juicio según la cual ningún juicio puede ser definitivo.

La pregunta que cabe plantear al autor es, precisamente, la de qué papel juega el tiempo en esa *morfología del sentido* a la que ya el propio Chiurazzi se refiere como investigación «no acerca de los contenidos del juicio sino acerca de su forma, de su sintaxis» (p. 153), porque: ¿qué forma de temporalidad y qué límite o criterio hallamos en la teoría heideggeriana del juicio según la cual, finalmente, la ontología encontraría su condición de posibilidad en el modelo de la temporalidad del Ser-ahí?

Tal vez por ello, pueda decirse que este libro termina justo en el principio de otra investigación; seguramente su autor sea perfectamente consciente de ello cuando titula el último capítulo «Antes del juicio. El *«inesse»* como *«existir»*: Heidegger y el a priori del tiempo» (pp. 141-153).

Por **María G. Navarro**  
 Department of Speech Communication,  
 Argumentation Theory and Rhetoric  
 Faculty of Humanities  
 University of Amsterdam